



VÍAS DE HECHO



VÍAS DE HECHO

BUFETE
DEL SR. PETITBRY,
abogado consultor.

*Señora Nina de B..., en casa de su tía.
Moulins.*

Señora: Con arreglo á los deseos de su señora tía de usted, me he ocupado del asunto de referencia. He estudiado los hechos uno por uno y sometido todas vuestras quejas á la más escrupulosa investigación. Pues bien; en conciencia

debo de decir á usted que la pera no está madura todavía, ó, para hablar con más claridad, que no tiene usted bastante fundamento para entablar en serio una demanda de separación. No olvidemos que la ley francesa es una persona muy positivista, que no tiene ni la delicadeza ni el instinto de los matices. No tiene en cuenta más que el hecho, el hecho serio, brutal; y, desgraciadamente, ese hecho no lo tenemos. Cierto que me he sentido profundamente conmovido al leer el relato de ese primer año de matrimonio, tan penoso para usted. Ha pagado usted bien cara la gloria de unirse con un artista célebre, con uno de esos hombres en quienes la fama, la adulación, desarrollan un egoísmo monstruoso; los cuales deben vivir solos, so pena de tronchar la débil y tímida existencia de quien intente unirse á ellos... ¡Ah, señora! desde el comienzo de mi carrera ¡cuántas esposas desgraciadas he visto que se hallaban en la misma situación en que usted se encuentra! Esos artistas, que viven del público y sólo para el público, no llevan al hogar más que el cansancio de su

gloria ó la tristeza de sus fracasos. Una existencia agitada, sin brújula ni timón, ideas subversivas, contrarias á toda conveniencia social; el desprecio á la familia y á sus goces; la excitación cerebral buscada en el abuso del tabaco, de los licores fuertes, sin hablar de otras cosas, es lo que constituye ese terrible elemento artístico, al cual pudo sustraer á usted su querida tía; pero repito que sin dejar de comprender sus angustias y cuidados, y hasta sus remordimientos por haber consentido en esa boda, no veo que las cosas hayan llegado al punto necesario para lo que usted desea.

Ya he comenzado, sin embargo, un proyecto de demanda judicial, en el cual se hallan agrupados y puestos de relieve con bastante habilidad los principales motivos de queja que tiene usted. He aquí algunas partes de la obra:

1.º *Groserías del marido para con la familia de su señora.*—Negativa á recibir á nuestra tía, de Moulins, que nos ha educado y nos adora.—Apodos ridículos puestos á esa venerable señorita, cuya espalda está un poco encorvada.—Bur-

las, epigramas, dibujos al lápiz y á la pluma acerca de la referida tía y de su enfermedad.

2.º *Insociabilidad*.—Negativa de ver á los amigos de su esposa; de pagar las visitas de novios; de enviar tarjetas, de contestar á las invitaciones, etc...

3.º *Dilapidación*.—Dinero prestado sin recibo á toda clase de bohemios.—Mesa siempre puesta; casa transformada en hospedería.—Suscripciones continuas para estatuas, panteones, obras de caridad para compañeros desgraciados.—¡Fundación de una revista artística y científica!

4.º *Groserías para con su señora*.—Haber dicho en voz alta, y refiriéndose á nosotros: «¡Qué pava!»

5.º *Sevicias y violencias*.—Excesiva brutalidad del marido.—Furor con los más fútiles pretextos.—Rotura de vajilla y de muebles.—Ruido, escándalo, expresiones malsonantes.

Todo esto, como puede usted ver, mi querida amiga, forma un cuerpo de acusación bastante respetable, pero insuficiente. No nos faltan más que las vías de

hecho. ¡Ah! ¡Si tuviésemos siquiera una vía de hecho delante de testigos, nuestro negocio sería magnífico! Pero no es ahora, ciertamente, cuando ha puesto usted cincuenta leguas de distancia entre su persona y su marido, cuando podemos esperar un acontecimiento de esa naturaleza. Y digo esperar, porque, dada la situación, una brutalidad de ese hombre sería lo mejor que podría ocurrirnos.

Quedo de usted, señora, en espera de sus órdenes, afectísimo y respetuoso servidor,

PETITBRY.

P. S. Brutalidad ante testigos, por supuesto.

Sr. Abogado Petitbry,

Paris,

¡Cómo, caballero! ¡Ahora estamos en esas! ¡Es eso lo que han hecho nuestras leyes de la antigua caballería francesa!... ¡De modo que, mientras en muchas ocasiones basta una mala inteli-



UNIVERSIDAD DE NUEVO LARDO
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Cdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

gencia para separar dos corazones para siempre, necesitan los Tribunales actos de violencia para motivar una separación!... ¿No es eso indigno, injusto, bárbaro, irritante?... Pensar que para que recobre su libertad mi pobrecita sobrina se vea obligada á poner su cuello al verdugo, entregarse á todo el furor del monstruo, y hasta excitarlo... Pero, no importa; nuestra resolución está tomada. ¿Se necesitan vías de hecho? Pues las tendremos. Mañana mismo regresa Nina á París. ¿Cómo será recibida? ¿Qué sucederá allí? No puedo pensar en ello sin entristecerme. Al pensarlo me estremezco, mi mano tiembla, mis ojos se humedecen. ¡Ah, amigo mío!... ¡Ah, Sr. Petitbry!... ¡Ah!

LA DESGRACIADA TÍA DE NINA.



BUFETE
DEL SR. MARESTANG,
abogado
del Tribunal del Sena.

*Sr. Enrique de B***, publicista.*

París.

¡Calma, calma, calma!... Prohibo á usted que vaya á Moulins en persecución de su fugitiva. Es más prudente, es más seguro esperarla en el hogar, al amor de la lumbre. ¿Qué ha sucedido, en resumen? Se ha negado usted á recibir á esa vieja solterona, ridícula y mala, y su mujer de usted se ha ido con ella. Eso era de esperar. La familia ejerce gran influencia sobre el corazón de una casada tan joven. Ha querido usted ir demasiado de prisa. Piense usted que esa tía la ha educado; que no tiene más parientes que ella... «Tiene su marido», dirá usted. Pero, hijo mío, aquí para *inter nos*, bien podremos confesar que los maridos no son siempre amables. ¡Conozco uno que, á pesar de su buen corazón, es de una nerviosidad, de una violencia!... Quiero

conceder que el trabajo y las preocupaciones artísticas entran por mucho. Pero el caso es que el pájaro se ha asustado y se ha vuelto á su antigua jaula. No tema usted que permanezca allí mucho tiempo. Ó yo me equivoco mucho, ó esa nueva parisiense se aburrirá muy pronto allí, y no tardará en echar de menos las turbulencias de su poeta... Sobre todo, no se mueva usted.

Su viejo amigo,

MARESTANG,



Sr. Marestang, abogado.

Paris.

Al mismo tiempo que la razonable y amistosa carta de usted, recibo un telegrama de Moulins anunciándome el regreso de Nina. ¡Ah! ¡Qué buen profeta ha sido usted! Vuelve esta noche, sola, como se había ido, sin que yo tenga dado ningún paso. Se trata ahora de hacerle pasar una vida tan dulce, tan agradable, que no se le vuelva á ocurrir

marcharse. Yo he hecho provisiones de paciencia, de cariño, durante esos ocho días de ausencia. No hay más que un punto acerca del cual no varío: no quiero volver á ver en nuestra casa al demonio de la Tita-Joroba, esa antigualla que me ha dado á su sobrina con la única esperanza de que mi pequeña celebridad le sirviese á ella. Figúrese usted, mi querido Marestang, que desde que me casé, esa malvada viejecilla se ha interpuesto constantemente entre mi mujer y yo, metiendo siempre su joroba en todas partes: en el teatro, en las Exposiciones, en sociedad, en el campo. ¿Puede sorprender á usted, ni á nadie, que después de eso haya puesto cierta precipitación en despedirla, en enviarla á su buena ciudad de Moulins?

No se sospecha, amigo mío, todo el mal que esas viejas ignorantes de la vida, y desconfiadas, son capaces de hacer á un matrimonio joven. Esa había metido en la preciosa cabecita de mi mujer una provisión de ideas falsas, anticuadas, absurdas; un ridículo sentimentalismo del tiempo de Ipsibóe, del joven Floran-

ge. ¡Ah, si mi dama me vieses!... Para ella era yo un poeta, un poeta que se ve en los frontispicios de Renduel ó de Ladvoocat, coronado de laureles, con una lira en la mano y la capita de terciopelo agitada por las brisas de las altas cimas. Era el marido que había prometido ella á su sobrina, y ya supondrá usted cuán desilusionada habrá quedado mi pobre Nina. Convengo que he tenido poco tacto para tratar á esa niña queridísima. Como usted dice, he querido ir demasiado de prisa, y la he espantado. Esa educación suya, un poco estrecha, falseada por la vida del convento y las cursilerías sentimentales de su tía, debía yo



destruirla suavemente, dejando tiempo para que se evaporase el perfume provinciano... Todo esto tiene remedio, puesto que ella vuelve... Vuelve, mi querido amigo... Esta noche iré á esperarla á la estación y regresaremos á casa cogidos del brazo, reconciliados y felices.

ENRIQUE DE B...

Nina de B... á su tía.

Me esperaba en la estación y me recibió sonriendo, echándome los brazos,



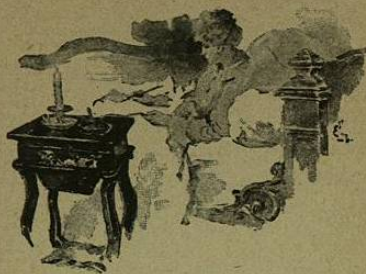
como si regresara de un viaje ordinario. Ya supondrás que le puse la cara más fría que pude. Apenas estuvimos en casa, me encerré en mi cuarto, y allí comí sola, pretextando que estaba muy cansada.

En seguida eché la llave á la puerta. Me dió las buenas noches por la cerradura, lo cual me sorprendió mucho, y más me sorprendió que en seguida se alejó sin enfadarse, sin insistir... Esta mañana he visitado al Sr. Petitbry, que me ha dado minuciosas instrucciones sobre la manera de conseguir nuestros deseos, y lo que debía hacer para ello, y la hora, el sitio, los testigos... ¡Ah, mi querida tía! ¡Si supieras cuánto miedo tengo á medida que se acerca el momento! Sus furroses son terribles. Hasta cuando está cariñoso como ayer, sus ojos tienen resplandores de tempestad... En fin, seré fuerte, pensando en ti, querida mía... Además



como ha dicho el Sr. Petitbry, no es más que un momento malo lo que tengo que pasar; luego recobraremos nosotras dos nuestra vida de otro tiempo, tranquila y feliz.

NINA.



De la misma á la misma.

Querida tía: Te escribo desde la cama, tronchada por la emoción de esa escena terrible. ¿Quién hubiera creído que las cosas iban á tomar este sesgo? Y, sin embargo, todas mis precauciones estaban tomadas. Había avisado á Marta y á su hermana, quienes debían venir á una hora dada, para la escena final, el momento de empezar á comer nosotros y en que los criados están aún poniendo la mesa en el comedor contiguo al despa-

cho. Desde por la mañana estaban preparadas mis baterías: una hora de escalas, de estudios al piano, *Las campanas del monasterio*, *Los sueños de Rosellen*; todas las piezas que él detesta. Esto no le había impedido trabajar sin enfadarse. En el almuerzo la misma paciencia. Un almuerzo horrible, de sobras, de platos que no puede soportar. ¡Y si hubieses visto mi traje! Una falda de peregrina que tiene cinco años, un delantalito de seda negra, el cabello sin rizar! Buscaba yo en su fisonomía síntomas de enfado, ese entrecejo tan conocido que se le marca al caballero en cuanto le contrarían. ¡Pues, no señor, nada! ¡Parecía que me habían cambiado de marido! Me dijo con tono tranquilo y un poco triste:

—¿Te has vuelto á peinar como antes?

Yo apenas le contesté, porque no quería precipitar los sucesos antes de la llegada de los testigos, y además, ¡cosa extraña! me sentía conmovida, impresionada por anticipado, con la escena que iba á provocar. Finalmente, después de algunas respuestas desabridas de parte mía, se levantó de la mesa y se fué á su

cuarto. Le seguí temblando. Vi á mis amigos que se instalaban en el saloncito y á Pedro que iba y venía arreglando los cubiertos y la vajilla. Había llegado el momento. Era preciso provocar grandes violencias, y esto me parecía fácil después de lo que había yo hecho desde por la mañana para sacarle de sus casillas.

Al entrar en su despacho debía yo de estar muy pálida. Sentíame dentro de la jaula del león y tuve esta idea: «¡Y si me matase!»

No tenía, sin embargo, el aspecto terrible, echado en su diván y con el cigarro en la boca.

—¿Te incomodo? le pregunté irónicamente.

Él, con la mayor tranquilidad:

—No. Ya ves... que no estoy trabajando.

Yo, siempre con ironía:

—¡Ah! ¿Pero es que tú trabajas alguna vez?

Él, siempre muy cariñoso:

—Te equivocas, hija mía. Por el contrario, trabajo mucho... Sólo que nuestro oficio es de esos en los cuales se puede

trabajar sin tener ninguna herramienta en la mano.

Yo:

—¿Y qué haces ahora?... Ah, sí, ya sé; esa obra en verso que dura hace ya dos años. ¿Sabes que ha sido una suerte que tu mujer sea rica?... Porque así puedes permitirte ser perezoso.

Creí que iba á saltar Pero no. Me cogió las manos cariñosamente:

—Vamos, hija. ¿Va á ser siempre lo mismo? ¿Vamos á empezar de nuevo nuestra vida de guerra?... Entonces, ¿para qué has vuelto?

Confieso que me sentí conmovida por su tono cariñoso y un poco triste; pero pensé en ti, pobre tía mía, en tu destierro, en tus motivos de queja, y eso me dió valor. Busqué lo más amargo, lo más ofensivo que pudiera decirle... ¿Qué sé yo?... Que me arrepentía de haberme casado con un artista; que en Moulins todo el mundo me tenía lástima; que me había encontrado á todas mis amigas casadas con magistrados, con hombres serios, influyentes, de buena posición, mientras él... ¡Y sisiquiera ganase dinero! Pero no,

el caballero trabaja por la gloria. ¡Y qué gloria!... En Moulins no le conocía nadie; en París silbaban sus obras. Sus libros no se vendían, y patatín, patatán... Le



decía todo lo malo que se me venía á la lengua.

Él me miraba sin contestar, con fría cólera. Naturalmente, aquella frialdad me exasperaba más. Estaba tan excitada, que ya no conocía ni mi propia voz,

la cual había subido á un diapasón extraordinario, y las últimas frases que le lancé—no sé qué epigrama injusto y soez—zumbaron en mis oídos... Creí que el Sr. Petitbry podía ya contar con su vía de hecho. Lívido, con los dientes apretados, Enrique había dado dos pasos hacia mí:

—¡Señoral...

Luego, de pronto, desapareció su cólera; su fisonomía se quedó impasible y me miró con un aire tan despreciativo, tan insolente, tan tranquilo... ¡Oh! Mi paciencia se acababa. Levanté la mano y ¡plum! le apliqué el bofetón más tremendo que he dado en mi vida. Al ruido se abrió la puerta, mis testigos se presentan solemnes:

—¡Caballero, eso es una indignidad!...

—¿No es verdad que sí? decía el pobre muchacho enseñando la mejilla enrojecida.

Ya supondrás lo turbada que estaba yo. Afortunadamente, tomé el partido de retirarme y de llorar mucho, lo cual me desahogó... Ahora está Enrique en mi cuarto. Me vela, me cuida y verdadera-

mente se muestra muy bondadoso conmigo... ¿Qué hacer? ¡Vaya un apuro!... ¡Lo que es el Sr. Petitbry no debe de estar muy contento!

NINA DE B..

